

ta de que Marta no había hecho más que adelantarse la hora de nuestra separación.

Una sola cosa me alarmaba, la manera con que su madre la habría recibido. Pero confiaba, en que prevenida la señora T... desde por la mañana, por nuestro amigo común, no se habría asombrado de una vuelta tan inesperada; y que debía comprender que el pasado de Marta á nadie importaba más que á mi, y se hallaba dispensada de dirigirla inútiles reproches. Contaba también con la voz del corazón.—*Una madre me decía, siempre da muestras de serlo, y no se niega nunca á recibir con los brazos abiertos al hijo pródigo.*

Casi tranquilizado, pero sintiendo mi soledad y el silencio que reinaba en mi casa, antes tan animada con la presencia de Marta, tuve el pensamiento de ir aquella misma noche á casa de la señora T... para decirle que siéndome su hija indispensable á mi existencia, la suplicaba me dejase pasar la mayor parte del tiempo al lado de ellas dos, hasta el día de mi matrimonio. Desgraciadamente para mí, reflexioné que esta primera noche debía pertenecer por entero á la madre y á la hija, y me resigné á esperar el día siguiente.

Demasiado fatigado por todas las emociones del día para salir de casa, me tendí sobre un sofá, y queriendo no separarme de Marta, al menos con el pensamiento, evoqué los recuerdos más queridos de nuestros amores. Al principio se me aparecieron distintamente, después se hicieron confusos y oscuros. Me pa-

reció que todos los sucesos acaecidos desde el día en que me había encontrado con Marta en mi casa, no habían sido más que un sueño, y que ella era siempre la casta joven soltera á quien había visitado la víspera en casa de su madre, y á quien volvería á ver muy pronto.

X

Llamaba al día siguiente, á la una de la tarde, á la puerta de la señora T..., habiéndome sido preciso desplegar gran fuerza de voluntad para no haberme presentado allí muy temprano. La criada que me abrió no me conocía, me preguntó mi nombre y me dijo que iba á avisar á su señora.

En nada había cambiado la sala: los muebles ocupaban el mismo sitio, y sobre el piano abierto ví muchas piezas de música que Marta se había puesto á estudiar delante de mí muchas veces. Al menor ruido creía verla aparecer como en otros tiempos, y aparentando extrañarse de mi presencia. Mi sueño continuaba aún.

Después de hacerme aguardar unos instantes, la dueña de la casa se presentó. Venía sola; pensé que habría manifestado deseos de hablar á solas conmigo, y que después saldría ella.

La señora T... me acogió sin afectar una gran frialdad, é indicándome que me sentase, me dijo:

—Caballero, mi hija, vos y yo, tenemos cada cual por nuestra parte que dirigirnos reproches mutuos, por eso me parece muy conveniente que no hablemos nada de lo pasado. Mi amigo, que lo es vuestro también, me ha dado cuenta de vuestros proyectos; yo los apruebo, y Marta, según vuestros deseos, vendrá á vivir conmigo hasta que tenga derecho á separarse de mí.

La buena acogida con que me recibía la señora T..., la dulzura con que se expresaba, y que ella, como mujer de gran tacto y de talento, se habia impuesto, me dieron ánimos para solicitar de ella el favor de ser recibido en su casa lo más frecuentemente posible, mientras llegaba el día de realizarse mi matrimonio con su hija.

—A contar desde hoy— me respondió,—no deseo ver en vos más que un futuro yerno; por lo tanto, seréis admitido en mi casa siempre que queráis venir á ella. Ahora me explico vuestra visita que no esperaba; deseabais conocer mis intenciones antes de dejar á mi hija que vuelva á casa de su madre.

—Sois injusta conmigo, señora— repliqué.—Ya habréis notado que hasta hoy no os habia dirigido esta súplica.

—Precisamente, en el momento más oportuno.

—No tal, puesto que Marta está ya en vuestra casa.

—¡Qué! ¡mi hija aquí!—exclamó visiblemente conmovida.—¿Ha venido con vos? ¿Dónde está? ¿Se halla á la puerta en un coche, no es eso? ¿No se atreve á entrar? ¡Id á buscarla! ¡Hace tanto tiempo que no la veo!

Miraba á la señora T... sin comprender una palabra de lo que decia.

—Pero, ¿qué aguardáis?—volvió á decir.—¡Si os he prometido recibirla bien!—Si es preciso, yo iré á buscarla.

—Señora—la dije, no pudiendo creer lo que oia;—amo á Marta lo que no os podéis figurar; os suplico, por tanto, que no juguéis con mi corazón.

—No comprendo. ¿Qué os sucede? ¡Os ponéis pálido!

—Pero, señora, ¿no está aquí desde ayer vuestra hija?

—No, señor... Pero vamos á cuentas, ¿sois vos el que quiere jugar con mi cariño de madre? ¿Por qué creéis que Marta está en mi casa?

No respondí; el asombro, el espanto, me impedían articular ni una palabra. Un horrible presentimiento habia venido á herir directamente mi corazón, y como la señora T... me instaba á que hablase, tendí ante su vista la carta que el día antes me habia escrito, mostrándola con el dedo las líneas que Marta habia añadido.

—¿Qué habrá sido de ella?—nos preguntábamos á la vez.

La señora T... habia olvidado todas las que-

jas que tenía de su hija, y empezó á sollozar. Pero mi dolor me hizo ser cruel.

—Vuestra carta y vuestras amenazas, señora—exclamé yo,—son la causa de una gran desgracia; no se trata ahora de llorar, lo que es preciso es buscar á Marta.

—Tenéis razón—dijo, tratando de levantarse y no pudiendo conseguirlo.—Id—me dijo,—vos que tenéis más valor que yo; os seguiré al momento, ¡por favor, traedme á mi hija!

Cuando un minuto después me encontré solo en la calle, no supe hacia qué parte dirigirme. Al mismo tiempo mil pensamientos terribles bullían en mi cabeza, porque todo era de temer del exaltado carácter de Marta. Estas líneas medio borradas, donde me anunciaban su vuelta á casa de su madre, habrían sido escritas con objeto de desorientarme y desviar mis sospechas; ¿tendría, cuando las escribió, algún horrible designio?

Permanecí como tonto, en pie, cerca de la casa de la señora T..., mirando á todas partes sin ver nada, y sintiéndome incapaz de tomar ninguna resolución.

En esto, un pensamiento menos triste se me vino á la imaginación. ¡Qué loco soy, teniendo tales ideas!—exclamé;—y como pasase un coche desalquilado por la calle, me metí en él, indicando al cochero el camino de Seeaux. Indudablemente, no sintiéndose Marta con valor para afrontar los reproches de su madre, y no sabiendo dónde ir, se habría dirigido, según mi parecer, á nuestra casa de Aulnay,

que hasta fin de año teníamos alquilada.

Cuanto más pensaba, más razonable creía esta esperanza; al aproximarme á Aulnay, se había trocado en certeza y preparaba ya lo que había de decir á esa fugitiva para mí tan querida. No me preocupaba más que saber si sería lo bastante dueño de mí para abrazarla antes de reñirla, ó si después de haber comenzado mi preparado discurso, no vendría á interrumpirle, á lo mejor, una preciosa sonrisa de Marta.

Durante este tiempo, el cochero, animado por mis promesas, atravesaba rápidamente Bourg-la-Reine y Seeaux, y llegaba á Aulnay. Corrí hacia nuestra casa; todas las ventanas se veían cerradas; llamé á la puerta, y no me abrían; salté un seto poco elevado, y entré en el jardín. Estaba triste y silencioso; las últimas hojas de los árboles, que, desde nuestra marcha se habían caído, cubrían por completo las calles.

En aquel momento, nuestra criada habíase enterado de mi llegada y corrió alegre á mi encuentro.

—¡Ah! buenos días, señorito—me dijo.—¿Cómo está la señorita Marta?

—¿Pues qué no está aquí?—exclamé.

—¡Aquí!... ¡no señor!

Había perdido la última esperanza, y volví á subirme al coche que me había conducido.

XI

Al entrar en París, me sacó de mi aturdimiento la voz del cochero que me preguntaba dónde quería que me llevase. Le di mis señas. En un caso desesperado, acepta uno hasta las esperanzas más increíbles, y creí que Marta hubiese vuelto á nuestra casa durante mi ausencia... ¡Ah! ¡Nadie la había visto! Me dirigí de nuevo á casa de su madre.

Apeábase de un coche cuando llegaba yo á su puerta, y sin saludarnos siquiera:

—¡Nada!—exclamé.

—¡Nada, también!—replicó.

—¡Adiós, entonces!

—¿Qué pensáis hacer?

—No lo sé; la casualidad me hará encontrarla.

La noche se echaba encima. La fiebre se apoderaba de mí. Iba corriendo, sin tener conciencia de mis actos, sin ser dueño de mis pensamientos. A veces, al volver una esquina, un viento fresco que me azotaba la cara, me hacía volver en mí, permitiéndome por un instante ser dueño de mí. Otras, pensaba en aquella niña que vivía antes de conocerme, tranquila y respetada por todos. Había venido una tarde, á pedirme asilo, y la había perdido para siempre; tal vez á estas horas,

estuviese ya muerta para evitarme disgustos y devolverme mi libertad... Luégo, me representaba á Marta, como la había visto el primer día, con perlas en los cabellos y su bonito traje blanco, corriendo por el salón de grupo en grupo, alegre, vivaracha, sonriente, y cómo ahora la hallaría, ó muerta ó moribunda.

Y mientras que estos pensamientos torturaban mi alma, París se conmovía con mil carcajadas de risa, con alegres gritos y canciones; el gas lucía como de costumbre; las orquestas y los bailes confundían sus diversos ruidos con el de los coches y animadas gentes que salían del teatro, cambiaban sus alegres impresiones, sin enterarse de este pobre loco que pasaba por su lado recorriendo las murallas.

Al atravesar uno de los boulevares, distinguí una mujer de la misma estatura que Marta y que se daba cierto aire á ella. Cuanto más la miraba, más me parecía ella. Quise aproximarme desde luégo, pero tuve miedo á perder la ilusión que me hacía vivir por un instante. Fui despacio, contentándome con seguirla á algunos pasos de distancia... Mi desconocida oyó pasos detrás de ella y se volvió repentinamente... ¡No era la que yo buscaba! No insistiré más en los detalles de esta noche. A las tres de la madrugada entré maquinalmente en mi casa, y medio rendido de cansancio, me tendí, vestido, en mi cama. No pude dormir; á las siete ya estaba de nuevo en la calle.

XII

Marchaba, como la vispera, al azar, cuando sentí una mano que se apoyaba en mi hombro.

—¡Tú, en la calle á estas horas!—me dijo al mismo tiempo una voz alegre,—¿vienes del baile, ó de alguna cena?

Miré con aire de imbécil al amigo que me hablaba, y continuó diciendo:

—¡Dios me perdone! tú estás borracho, apenas si te sostienes en pie, y tienes un color... Voy á acompañarte á tu casa... Yo entiendo de cuidar enfermos, por mi doble calidad de estudiante de medicina y de alumno interno del Hospital.

Estas palabras me hicieron volver en mí.

—¡Ah!—le dije,—¿eres interno del Hospital?

—Sí.

—¿Tienes muchas enfermas ahora?

—Muchas.

—¿Y mujeres jóvenes?

—Tantas como viejas, ¿á tí qué te importa?

—Quiero ir al Hospital, ¿puedes hacer que me dejen entrar?

—¡Qué idea más extravagante! Me pones

en cuidado; ya no me pareces borracho, ¿qué te sucede?

—Sufro horriblemente—le respondí.—Desde ayer estoy recorriendo todo París como loco, y acaso lo esté ya por completo. Amaba á una joven, con quien me iba á casar, y ha desaparecido repentinamente; la busco por todas partes y no la encuentro. Algún accidente debe haberla ocurrido. El cielo, sin duda, te envía para ayudarme á encontrarla; llévame á todos los hospitales de París, no he ido nunca á ellos.

—Me pongo á tu disposición, pobre amigo—respondió,—toma mi brazo y dame los detalles que creas nos puedan servir para buscarla.

Visitamos el de la Caridad, el General y el de la Piedad. Mi guía preguntaba á todas las hermanas y á los médicos de guardia, que á casi todos conocía, y miraba el libro de entradas; nadie parecida á Marta había entrado en ellos en estos dos días.

Por fin, en el Hospicio, donde nos hallamos, supimos que á él había sido transportada la antevíspera una joven de unos diez y ocho años, elegantemente puesta, que había caído súbitamente enferma, con un vómito de sangre, al atravesar la calle Real. A pesar de las prontas sangrías que la habían hecho, se había presentado una fiebre cerebral, y la enferma estaba de mucho peligro.

No podía hacerme ilusiones; era Marta.

Pero habiéndola encontrado, ¿podría verla? Creía yo que era cosa fácil. ¡Ay! tenía que

habérmelas con una porción de reglamentos administrativos.

—El público no puede entrar más que á ciertas horas—se me decía:

—Y mientras los enfermos mueren sin tener un amigo al lado suyo.

—Las fiebres cerebrales exigen el mayor cuidado; y por último—me decían,—no tenéis permiso ni del director ni de la familia.

—Soy hermano suyo—les decía,—por favor, condolerse de mí.

Felizmente mi amigo el interno me trajo un permiso firmado por el médico de guardia. Después de haber atravesado muchas salas llenas de enfermos, entré en un cuarto más pequeño que los demás. Una sola cama, que tenía el número 3, se hallaba ocupada.

—No metais ruido—me dijo una hermana que salió á mi encuentro;—está durmiendo hace un rato.

Andaba de puntillas, reteniendo la respiración; mi corazón parecía saltárseme del pecho. Al llegar cerca del lecho miré; era Marta. Sus ojos estaban medio cerrados, su boca entreabierta, su cabeza y su frente se hallaban cubiertas de compresas de agua helada; su brazo derecho, extendido sobre la cama, estaba rodeado de lienzo manchado de sangre. Al verla, mis fuerzas me hicieron traición, dí un grito y me desmayé.

Cuando volví en mí, la hermana me dijo al oído.

—Mirad, parece que os ha conocido.

En efecto, los ojos de Marta estaban fijos

en mí, y su boca trataba de sonreírse. Me arrastré hasta coger su mano y la llevé á mis labios. La sentí estremecerse.

—Edmundo—murmuró la enferma,—no esperaba verte más.

—Niña—dijo la hermana,—no habléis.

—¡Oh! hermana, dejadme hablarle; si, al contrario, me siento mejor desde que está aquí... ya lo veis, no deliro.

Entonces, volviendo los ojos hacia mí:

—Amigo mio—dijo en voz baja,—te pido que me perdones... te habré causado mucho pesar... Ha sido una ligereza mía... Pero será la última... Guardas silencio... ¿No me perdonas?

—Sí, mi buena Marta—dije tratando de ocultar mis lágrimas,—pero ¿qué ha sido de tí en estos dos días?

—Voy á hacer por recordarlo... Es difícil... mi cabeza me hace sufrir mucho.

—Entonces no hables, descansa, te lo ruego.

—No, es preciso que te lo cuente todo... He creído obrar bien al dejarte, pero parece que he hecho muy mal... Dios me ha castigado... Me puse en camino de casa de mi madre. Llegué á su puerta, pero me faltó el valor... La fiebre que tenía estos días pasados se había apoderado de mí... temblaba y no me atrevía á dar un paso. En aquel momento vi venir por un extremo de la calle á Alfredo C... Ya sabes, ese Alfredo que tanto daño me ha causado. Le he visto y he huído de él... He andado muchísimo; mi cabeza ardía como aho-

ra; sentía zumbido de oídos, no veía ya... Quise volver á tu casa, y no dí con el camino, y no me atrevía... Tuve ideas de ir á Aulnay; me parecía que había de conocer con facilidad el camino... y esperaba que tú irías allí á buscarme... De repente sentí un desvanecimiento, mis rodillas se doblaron y cai al suelo... No me acuerdo de nada más.

—Nosotros te curaremos, mi querida Marta—la dije,—y tendremos aún muchos días por delante para amarnos; en Aulnay si tú quieres.

—Sí, en Aulnay, donde tan bien estuvimos hasta la llegada de Juana.

—Ya no te dará cuidado encontrarte con ella; iremos á verla y la recibiremos en nuestra casa... porque tú serás mi esposa en cuanto salgas de aquí; tu madre me ha dado su consentimiento, y yo ya tengo una posición independiente.

—Gracias, Edmundo—me dijo;—pero tu tío bien sabes que no me quiere.

—¿Y qué me importa?

—¡Oh! ¿qué dices? ¡Es el único pariente que te queda! ¡representa á tu padre! He reflexionado mucho acerca de eso; hay más resolución de la que tú crees, en esta pobre cabeza, tan ligera á veces y ahora tan enferma... Yo no quiero ser tu mujer... y no puedo ser tu querida.

Marta no pudo decir más. Me miró algún tiempo, y después cerró los ojos. Bien pronto no oí más que el ruido de su fatigosa respiración.

Un cuarto de hora después, la oí pronunciar el nombre de su madre; comprendí que quería verla, y escribí una esquila á la señora T..., que se apresuró á acudir á mi llamamiento.

—¿Me perdonáis, madre mía?—la preguntó Marta.

—¡Pobre hija!—exclamó la señora T... cayendo de rodillas al lado de su cama.—¡Soy yo, quien tiene necesidad de tu perdón!

* * *

Edmundo había hecho esta narración con un apresuramiento febril. Muchas veces le había instado inútilmente á que descansase.—No—me respondía siempre,—no nos llaman todavía; tengo tiempo de acabar. Déjame ocuparme de ella; déjame hablar; me hace mucho bien.

Pero al llegar á esta parte de su narración, no pudo dominar por más tiempo la emoción que se había apoderado de él; los sollozos cubrieron su voz. Miré entonces á mi alrededor, y me apercibí de que el jardín donde nos hallábamos, antes tan desierto, se había ido llenando.

—¿Qué hace aquí toda esta gente?—le pregunté á Edmundo.

—Marta ha muerto ayer—me respondió,—

y todas esas personas, invitadas por la señora T..., esperan, como nosotros, oír la misa que va á celebrarse en la capilla del Hospicio. Vamos á otra parte, á ver si puedo recobrar más ánimos. Casi todos ignoran mis amores con Marta. Si toda esa gente, indiferentes la mayoría á su muerte, me ven llorar, podrían concébir sospechas. ¡Quiero que su memoria sea respetada!

Nos paseamos un instante, separadamente; Edmundo hacía esfuerzos indecibles para recobrar la sangre fría que deseaba mostrar.

—¡Qué!—le dije,—¿y todos los médicos juntos del Hospital no han podido salvarla?

—Tuve alguna esperanza durante dos días—me respondió.—A la tarde del tercer día aumentó la fiebre, y se apoderó de ella el delirio. Me llamaba continuamente, y yo sentía un estrechamiento inmenso siempre que oía escaparse mi nombre de sus labios. Su madre, la Hermana de la Caridad y yo, pasamos toda la noche á su lado. Por la mañana muy temprano mandamos buscar un sacerdote, quien le administró los últimos sacramentos, sin tener ella conciencia de ello. Su mano, que yo tenía entre las mías, estaba helada... Debía estar muerta... pero no me atrevía ni á confesármelo ni á asegurarme de ello.

A eso de las ocho, el médico hizo su visita acostumbra; se adelantó al lecho y miró á Marta.

—Ha dejado de existir hace una hora—dijo;—y pasó á otra sala con sus alumnos.

Siempre recordaré el frío que dejó en mí

corazón el ruido de los pasos de todas aquellas personas que se alejaban.

Una de ellas tan sólo se quedó atrás: era el interno por quien había vuelto á ver á Marta antes de morir. Vino hacia mí, me cogió del brazo y me sacó fuera de la sala. Yo me dejé conducir como un niño, sin ser dueño de mi voluntad.

No me permitieron volver á entrar... ¡ya no veré más que su féretro!

* * *

Pocos instantes después dieron señal de que empezaba la misa.

La capilla del Hospicio Beaujon es de una sencillez austera. Sus sillas de paja, el altar, sus cuatro cirios y un crucifijo, y en uno de los muros un cuadro religioso, son los únicos ornamentos que se ven allí de ordinario; pero ese día, se elevaba en el centro de ella un catafalco recubierto de paño blanco, destinado á jóvenes solteras.

Ocupamos un sitio en el rincón más oscuro de la capilla. Yo adivinaba en el semblante de los invitados el asombro que experimentaban al encontrarse en semejante lugar; y pude oír algunas palabras cambiadas en voz baja:

—¿Tenéis detalles de esta desgracia?

—No; al recibir la esquila de invitación ha sido la primer noticia que he tenido de ella, y he acudido inmediatamente.

—¿Cómo será que ha muerto en este Hospicio?

—Hablan de un accidente que la ha sobrevenido en la calle, y que no ha sido posible transportarla á su casa.

—¡Pobre chica, qué guapa era! ¿No la conocíais vos?

—He bailado muchas veces con ella el invierno pasado.

—¿Y su madre no está aquí?

—No, no la han dejado que venga.

—¡Cuánto sufrirá! ¡Quería tanto á su hija!

Edmundo, obligado como yo á oír estas frases, guardaba obstinado silencio; tenía los ojos fijos y secos, y aparentaba frialdad é indiferencia; pero el temblor convulsivo de su brazo, que apoyaba en el mío, indicaba una terrible lucha interior.

Después de la misa, mientras la mayor parte de los invitados se retiraban desde allí magistuosamente, y otros se consultaban si sus asuntos ó sus placeres les permitían seguir al cadáver hasta su última morada, Edmundo me arrastró hacia el coche que habíamos llevado y seguimos al paso el fúnebre cortejo.

Ocurrió lo que hacía tiempo preveía. Libre de toda mirada inoportuna, no teniendo ya la imperiosa necesidad de contener su dolor, mi pobre amigo prorrumpió en sollozos. Aquellas

lágrimas le hicieron mucho bien; cuando llegamos al cementerio, había recobrado bastante calma para asistir hasta el fin de tan triste ceremonia.

Pero al llegar el instante de rociar con agua bendita el féretro depositado sobre la tierra, estuvo á punto de caer desvanecido, si no hubiese estado yo para sostenerle. Ya se cuchicheaba por lo bajo alrededor de nosotros, preguntándose quién sería aquel joven que parecía tan conmovido. ¿Tenía Marta algún hermano ó prometido?

Edmundo no se enteró del examen de que era objeto. Un temblor nervioso se había apoderado de él; sus rodillas se doblaban, sus dientes castañeteaban, tenía fiebre.

Le llevé á mi casa por temor de que su alojamiento, hasta hace poco animado con la presencia de Marta, y ahora tan desierto, le hiciese recordar, de un modo para él muy peligroso, la pérdida que acaba de experimentar.

Mi amigo hizo frecuentes visitas á su casita de Aulnay, de la cual se hizo propietario, gracias á su tío, que quiso con esa piadosa liberalidad reconquistar el cariño de Edmundo,